

Ciencias de la complejidad humana y la historia de los pueblos indígenas de Chiapas*

JOSÉ MANUEL VELASCO TORO**

EN UN MOMENTO ORIGINAL, Andrés Fábregas me invitó para comentar el trabajo que presentaría Andrés Medina en esta reunión, lo cual acepté gustoso y de inmediato. Me sentí halagado porque todos conocemos el trabajo de Andrés Medina y su aportación al conocimiento de la cultura y de la historia étnica de Chiapas y de la antropología nacional y latinoamericana, pero sobre todo porque, si algo lo caracteriza, es su sencillez que lo hace grande, su disponibilidad en contribuir y apoyar en todo proceso de aprendizaje y de generación de conocimiento a los aprendices y amigos, y su humildad en el sentido de ver las cosas como son para poder tener una visión clara de la realidad y comprenderla en su dimensión multiléctica (y de ninguna manera en la confrontación dialéctica).

Sin embargo, dos semanas antes de este evento, Andrés Fábregas me cambió la jugada, para decirlo en lenguaje coloquial. Me pidió, o bien podría decirlo, me obligó con su estilo persuasivo y amistoso, pese a mi resistencia que no fue lo suficientemente sólida, a participar pero, ahora, como ponente en esta quinta mesa cuyo título es “Los pueblos indígenas en las ciencias sociales en Chiapas”. Argumenté que tenía varias décadas de no estar al tanto de los estudios realizados y que se realizan en Chiapas, argumento que obvió, naturalmente, e insistió en que por mi trabajo con los zoques —algo que ocurrió en un tiempo muy lejano—,

* Texto leído en el Segundo Foro “Las Ciencias Sociales en Chiapas”, realizado en la Universidad Intercultural de Chiapas, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, del 26 al 28 de mayo de 2010.

** Dirigir correspondencia al Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales, Universidad Veracruzana, Diego Leño 8, Centro, Xalapa, Veracruz, México, C.P. 91000, tel. fax: (01) (228) 812-47-19, e-mail: cipactli50@yahoo.com.mx.

yo podía aportar una reflexión a tan importante tópico. Por vanidad o debilidad, terminé aceptando y ahora me encuentro, ante ustedes, confesando mi ignorancia acerca de la historiografía antropológica reciente en el contexto étnico chiapaneco.

¿Por dónde continuar? ¿Qué reflexión puedo aportar al tema? Son preguntas que me asaltaron de inmediato. La decisión que tomé fue la de interrumpir mi reacción interna para dejar fluir las ideas. Seguiré el camino de la conversación para ver hasta dónde logramos llegar.

Un inicio ortodoxo es preguntarse: ¿cuál es el papel de las ciencias sociales? Una respuesta tradicional nos dice que es conocer la realidad social para tener un horizonte que permita diseñar estrategias para el desarrollo y solucionar los problemas existentes en la sociedad estudiada. Una contestación de esta naturaleza supone una postura de orden científico donde la verdad, como categoría objetiva, no se yergue como absoluta, sino que es relativa hasta su constatación. Sin embargo, tal postura adopta una actitud política externa y distanciada, evitando comprometerse directamente con la sociedad para la solución de los problemas.

En gran medida, éste no es el caso del papel jugado por las ciencias sociales en la realidad étnica de Chiapas. O al menos no es así en la literatura antropológica e histórica que he leído, lo cual no excluye casos de reacción existentes. Un buen número de científicos sociales se han comprometido, en mayor o menor grado y distancia, con las causas étnicas estudiadas. En mesas anteriores se han comentado diversas obras de autores que en su historicidad y posición política adoptada en ese momento y desde la perspectiva teórica sustentada, contribuyeron a sentar las bases para el desarrollo de una conciencia multiétnica y plural, pero sobre todo, a mantener viva la memoria cultural.

En este sentido, el curso que han tenido las ciencias sociales —y creo seguirán teniendo en Chiapas—, sea desde la visión antropológica, histórica, sociológica, literaria o política (aunque es deseable su relación transversal), es contribuir a recuperar la memoria robada a los pueblos originarios para coadyuvar a redescubrir el asombro del mito y ascender por el Árbol Cósmico hacia los cinco rumbos de la memoria colectiva ancestral, base fundamental de la identidad. Y en este actuar, en ese constructo de la historia que es un producto cultural, se da el operar

político de la ciencias sociales, simple y sencillamente porque la historia abre la posibilidad de la vía para el aprendizaje de nuestra propia sociedad, hecho, que, en última instancia, detona la utopía de encontrarnos a nosotros mismos como colectividad y como individuos, recreando nuestras elaboraciones y nuestras acciones.

Frecuentemente olvidamos que el ser humano es totalmente biológico y totalmente cultural, cuando en nuestro ADN está presente la historia de la evolución y en la cultura está impresa y actuante la memoria de la historia colectiva. Como seres biológicos dependemos de las condiciones de la naturaleza; como seres culturales nos construimos en la autonomía del aprender. Al descubrir que podíamos aprender a aprender y transmitir lo aprendido creando significado, la humanidad dio inicio a la historia, y no como lo concibe la teleología positivista, desde los límites establecidos por la invención de la escritura. La cultura es histórica y en la historia está impresa la memoria de las colectividades, por ello todo acto de conquista, de dominio de uno sobre el otro, busca destruir la memoria originaria y ancestral, queriendo provocar el olvido y reescribir en una supuesta *tabula rasa*, la falsa memoria que es la memoria del dominador.

Sin embargo el recuerdo está ahí, en la memoria soterrada que vence el completo olvido y se refresca, se recrea constantemente en el arte espacial de la simbolización topológica, en el ritual que conmemora la vida y recuerda la muerte, en el cordón umbilical de los ancestros que es nodo del rizoma social, en el lenguaje que es generativo del ser porque el ser humano se crea a sí mismo en el lenguaje y a través de él, en la cosmovisión que nos articula en la naturaleza, en el tiempo que es transcurso paradójico de permanencia resignificada donde la memoria adquiere su historicidad y cambio, donde el futuro se abre a la posibilidad de la utopía.

El hacer de las ciencias sociales en Chiapas, y sobre todo en su relación sustantiva con la cultura e historia de los pueblos indígenas, ha contribuido, de una u otra manera, en un sentido u otro, a la trascendencia de mantener viva la memoria colectiva y comunitaria, amortiguando, hasta donde es posible, la destrucción del recuerdo.

Como historiador contemplo en los estudios etnográficos, en la reflexión antropológica, en el debate sociopolítico, en la narrativa literaria, en el asombro inesperado de la arqueología, en el conocer del pro-

ceso histórico, en el ser lingüístico, en la organización social, la música y la danza, en la creatividad de la forma artística textil, en la tradición oral individual y colectiva, en el curso de la dinámica educativa, en la dimensión social de la salud, en el cúmulo de diagnósticos socioeconómicos y proyectos derivados, en la acción indigenista de su periodo, en los reportes e informes agrarios, en la crónica del acontecimiento y el debate periodístico, en la producción cinematográfica y documental, en la captación del instante de la fotografía, en los informes gubernamentales y militares, en los registros judiciales, en los testimonios a favor de los derechos humanos, en el trabajo de las organizaciones no gubernamentales, en los comunicados políticos, en las estadísticas existentes, en fin, en éstas y muchas más fuentes, en esa multiplicidad de posibilidades testimoniales está contenido el recuerdo del presente en cuanto a la forma del pasado y su percepción desde el presente.

Fragmentos, momentos, instantes del recuerdo relacionados que permiten luchar contra el olvido cuando los hilvanamos, tejemos, correlacionamos, y al comprender la existencia de lo singular dentro de la totalidad, explicamos y transitamos hacia la multidimensionalidad del conocimiento histórico, haciendo presente la memoria del pasado.

Martin Heidegger, en su angustia existencial, opinaba que la historia hecha sus raíces en la muerte. Me niego a aceptar una percepción de esta naturaleza, puesto que la muerte es condición para la vida y la historia como conocimiento no es olvido, es recuerdo y luz de lo que ha sido en el ser del presente. Sin embargo, para que la historia adquiriera su potencial matriz de pertenecer al ser de la totalidad cultural, es necesario temporalizar el orden de lo que transcurre para relacionar aquello que se ordena y hacer presente la memoria como copertenencia de la colectividad y del individuo. En este sentido coincido más con Sören Kierkegaard cuando afirma que la vida debe ser vivida hacia adelante, aunque sólo pueda ser comprendida hacia atrás.

La cuestión es cómo se explica el temporalizar, es decir, cómo se comprende y se hace histórico un hecho acaecido para significar en el presente las pasadas actualidades para un futuro de actualidades por venir. Y aquí caemos en el terreno en la cuestión cognoscitiva y epistémica fundamental que implica la visión teórica, y por ende ideológica, de la diná-

mica social. Invariablemente, desde el momento mismo en que pensamos y explicamos una realidad desde nuestra perspectiva crítica, proyectamos y asumimos, querámoslo o no, una actitud política. Sobre todo porque los signos del recuerdo constituyen presencias, no ausencias.

¡Y he aquí el desafío de las ciencias sociales! Sabemos que el conocimiento adquiere su sentido de conocimiento pertinente cuando la información está organizada, puesta en relación y en contexto, explicada y comprendida. Pero también sabemos que el conocimiento del rizoma social adquiere las más variadas traducciones y reconstrucciones que se generan en la matriz de la visión del mundo y de la vida predominante, visión que al percibir señales, signos y símbolos del ámbito en observación, forma representaciones, ideas, teorías y construye un discurso mediador que al explicar la “realidad” eleva a rango de “verdad” lo observado. Desde esta perspectiva, sociedad y conocimiento están mediados por el lenguaje, donde el sujeto cognoscente, en su percepción de la “realidad”, reorganiza la información que obtiene de la sociedad, la clasifica para reordenarla y delimita su contexto, estableciendo su propia configuración que se instala como modelo al densificarse.

Esa delimitación de contexto deviene del reduccionismo metodológico derivado de la concepción mecanicista de la ciencia que postula la fragmentación del todo para analizar las partes y explicarlas buscando relaciones de causa-efecto. Yo, y digo yo como sujeto cognoscente, la percibo como departamentalización donde cada inquilino (antropología, economía, historia, lingüística, literatura, política, sociología) ocupa su nicho y no se comunica con los demás, a excepción hecha con miembros de su propio clan, ya que hacia el interior de su linaje la fragmentación es recurrente y unidimensional, cuando la realidad humana es multidimensional (lo que implica la pluralidad cultural) y requiere de una visión multidimensional.

Y aquí me atrevo a soltar una idea influenciado por Edgar Morin (la que no es precisamente platónica): más que hablar de ciencias sociales, concepto construido y anclado en la especialización reduccionista, tal vez sea hora de pensar y dialogar sobre la posibilidad de caminar, haciendo “camino al andar” como el poeta Antonio Machado, en una *ciencia de la complejidad humana*. Desde luego no se trata de la búsqueda de una Teoría del Todo, como propone Stephen W. Hawking para la Física, pues

ello sería recaer en un reduccionismo monista frente a lo que es plural: la cultura. Sino de una ciencia que estudie la condición humana desde su complejidad biológica y cultural, y ya no en la privacidad de lo social. Una ciencia que religue al ser humano con el ser del mundo, del planeta, del cosmos, toda vez que somos seres biológicos que nos hacemos en la cultura, y la cultura nos hace en la biología. La ciencia es resultado del desarrollo cultural, en otras palabras, emana del dinamismo del pensamiento humano en relación con y desde la acción del exterior donde se realiza la acción científica que, a su vez, tiene una acción en el pensar.

Por tanto, la ciencia —y en este concepto relaciono las sociales y las naturales— tiene que redescubrir, como ya está sucediendo, la naturaleza humana en el medio humano que es natural y social. Al hacerlo se pondría en convergencia y comunicación la multidimensionalidad humana, la que, no sin tensiones paradójicas, sustentaría la pluralidad en el reconocimiento recíproco del otro y lo otro, base para el desarrollo de una sociedad multicultural abierta. Una ciencia de la complejidad humana en búsqueda de una sociedad donde los valores ajenos sean respetados y donde el propio valor se afirme en la diferencia y la tolerancia. Complementariedad fundamental para articular el compromiso ineludible de continuar impulsando la utopía, más allá del discurso retórico de la etnicidad, hacia la consecución de una sociedad fundada en la libertad y en relación con la naturaleza que es esencia biológica y cultural de los seres humanos.

Navegando con la brújula de la lógica borrosa, es decir, de la percepción, comprensión y manejo de reglas en paralelo para ubicar y relacionar diversas variables, percibir información, dar respuesta y ponderar resultados, me introduzco en la percepción del tiempo de San Agustín. En *Confesiones* reflexiona que no debería decirse que tres son los tiempos en el devenir de la humanidad: pasado, presente y futuro. Por el contrario, debería de hablarse del presente del pasado, del presente del presente y del presente del futuro. Para él, estas tres formas existían en el alma: el presente del pasado es la memoria, el presente del presente es la intuición, el presente del futuro es la espera. Líneas arriba nos referimos a la importancia de la memoria como copertenencia de la colectividad y del individuo. Para lograrlo es necesario temporalizar el orden de los hechos del pasado para hacer presente la memoria, y al hacerlo generamos, desde

el presente, el conocimiento de la historia dándole al presente la memoria del pasado que adquiere así su potencial matriz en la totalidad cultural. Este ir hacia el pasado desde el presente para dotar al presente de memoria, recurre a un movimiento en bucle donde la intuición del presente nos remite a las dimensiones del proceso cognitivo, el contenido cultural y los correlatos de la incertidumbre que detonan la reflexión hacia el futuro, paradójicamente apoyada en la memoria del pasado.

¿Por qué este reconectar presente con la reflexión pasada de San Agustín? La idea es el intento de reconectar el principio de la memoria histórica como pertenencia del Ser, pues al pensarse hacia atrás abre el sentido de la vida hacia adelante. Y es así porque remite a la experiencia concreta e ineludible de la existencia. La historia no es una mera abstracción mental que se limita a la pregunta de cómo fue o cómo ocurrió algo; por el contrario, la memoria histórica va más allá porque es la afirmación de haber sido en el soy, aspecto sustantivo de la existencia que contiene la identidad y el potencial necesario para el porvenir.

Conservar y recobrar la memoria desde la propia cultura, es potencializar el haber sido para potencializar el soy y visualizar otras posibilidades de sentido a la vida hacia el futuro. Idea nodo que me permite interaccionar, ahora desde el ciclo cósmico, con el extraordinario esfuerzo creativo e intelectual realizado por Jan de Vos y plasmado en su obra: *Lakwi. Nuestra Raíz*.¹

Hace tiempo que leí este libro, y al recordarlo, al hacerlo presente en mi memoria, se detonaron buena parte de las ideas aquí reflexionadas. ¿Por qué es fundamental y me parece un parteaguas esta obra?

Recordemos que la conciencia histórica proyecta la visión ideológica construida con una base teórica de la cultura dominante, la que impone en su relación con las otras culturas, tanto las precedentes como las contemporáneas. La historia nacional proyecta y subsume en la mentalidad colectiva, la visión ideológica del liberalismo y la representación de imágenes y procesos que exaltan la homogeneidad cultural contra la diversidad y existencia de identidades de filiación cultural propia. Por ejemplo, la representación que se proyecta del indio novohispano es una visión tutelar; la representación que se reproduce de los pueblos indígenas

¹ Traducción al chol de Tila, Chiapas por Juan Jesús Vázquez Álvarez, CIESAS/Clío, México, 2001.

contemporáneos es de minoría subordinada y marginal, y su cultura es denigrada al reducirla a una mera práctica de “tradición” y “costumbre”. En la “historia oficial” y nacionalista sólo interesa la gloria de las naciones prehispánicas. El indígena (concepto construido en el siglo XIX) novohispano y decimonónico, y por ende el contemporáneo, fue despojado de su historia e insertado en la historia nacional como un pueblo al que había que redimir, pero no restituyéndole su ser, sino acabando con su humillación mediante su asimilación cultural, social y económica en pos del ideal de la homogeneidad nacional.

La obra de Jan de Vos busca redescubrir el ser histórico originario de los pueblos indígenas y explicar el trascurso histórico de Chiapas, con una visión multicultural que da sentido al recuerdo del pasado al transformarlo en memoria del presente y abrir la posibilidad de proyectarlo hacia el futuro. Su título así lo refleja: *Lakwi. Nuestra Raíz*. Raíz que sustenta el Árbol Cósmico, raíz que alimenta al mito, raíz que penetra en la Madre Tierra, raíz que se ramifica en la esencia multicultural, raíz que es relación y vida.

¿Qué fue lo que él hizo? Simplemente seguir el método histórico de codificar la información disponible, analizar los acontecimientos en perspectiva diacrónica y narrar una estructura sincrónica de relaciones percibidas. La cuestión es cómo lo hizo. Y aquí radica su importancia.

Sus fuentes: ver lo que vemos con otra mirada; con la mirada de la autoctonía buscando trastocar la visión de la egolatría occidental que exalta la historia oficial. Testimonios arqueológicos, datos documentales, tradición oral, crónicas, pero sobre todo lengua, mitos, organización para la vida, relaciones topológicas, ritmos temporales, vínculos con la naturaleza, en fin, lo propio y lo extraño vuelto propio que al verlo y leerlo desde otra mirada, adquiere cualidad de dato histórico y al comprenderlo descubre las relaciones que le conducen por los rumbos de la historicidad, paso mediador hacia la explicación y narración histórica.

Su dimensión temporal y espacial: el ciclo cósmico solar que es día y tiempo, movimiento del devenir ordenado y dinámica del espacio que es naturaleza, casa, lugar del vivir y del morir. La cronología maya renace para darle sentido a la historicidad del tiempo y constructo diacrónico que proporciona una imagen de la sucesión de los cambios en los hechos

y acontecimientos ocurridos a lo largo del desenvolverse de los pueblos y naciones autóctonas.

La trama, significado sincrónico del relato histórico, narrativa engarzada en la dinámica diacrónica maya desde la cual organiza y da secuencia al relato para explicar lo “sucedido” como un proceso de relaciones que le permiten presentar “lo que sucedió”.

El lenguaje retoma categorías de las culturas originarias que son contenedoras de la visión del mundo y de la vida, colocando a la narración en lengua indígena en la sincronía identitaria colectiva, fundamento del pensamiento autónomo y base de la libertad.

Cuatro dimensiones fundamentales en el historiar cuyo rumbo se alimenta, se sustancia de la visión del mundo y de la vida reapropiada y redescubierta del ser maya. Su concepción historiográfica dibuja y colorea la operación narrativa que articula ciclo cósmico, naturaleza y, sobre todo, lengua como “lenguaje del devenir” y comprensión renovada que coloca el conocimiento pretérito en el centro de la acción por venir.

En este sentido, va más allá de la simple identificación de las características de los seres protagónicos del campo histórico, y si bien su narrativa tiende hacia la construcción de generalizaciones, su finalidad, o tal vez vale decirlo, su atención no está puesta en los elementos individuales protagónicos, sino en el recuerdo como proceso integrativo que coliga el pasado y el presente multicultural. Al hacerlo retoma el continuo de la memoria soterrada y la eleva a conocimiento. Un conocimiento del mundo presente redimensionado desde el pasado que sustenta una diferente visión del mundo y de la vida, que ya no es la del dominador, y posiciona la praxis social multicultural al prefigurar una nueva percepción mental, cognitiva y estética que pudiera dar sentido a un futuro esperado.

Pudiera decirse, si nos situamos en un purismo historiográfico, que su obra es organicista y a la vez contextualista. Esto porque el hecho histórico lo explica situándolo en el contexto de su ocurrencia, pero también resalta tanto características exclusivas como generales. También se le puede criticar que no se desprende de la cronología cristiana impuesta por Occidente, cuando ésta es un recurso de contrastación didáctica para comparar la explicación de dos percepciones cronológicas. En fin, se puede decir mucho desde el ángulo de la crítica formal y rigurosa de la historiografía clásica.

Sin embargo, todo ello resulta, desde mi óptica, superfluo cuando vemos la relevancia e importancia sustantiva que refleja el esfuerzo por significar el presente multicultural de los pueblos indígenas a partir de la resignificación del pasado chiapaneco. Intento, logro y búsqueda que ha sido construido, en gran parte, con base en la información generada y el conocimiento elaborado desde el campo de las ciencias sociales, la experiencia cognitiva y emocional de Jan de Vos y, sobre todo, desde y en la riqueza cultural de los pueblos indígenas. Dotar de una conciencia histórica propia a un pueblo, es devolverle el sentido de su identidad y, por tanto, el sentido de su vivir. ¡He ahí la importancia de esta obra pionera!

La conversación ha sido sináptica y nos ha permitido una relación de las ideas en movimiento transversal y libre, sincronizando, al menos eso creo, ideas y emociones que inducen a la reflexión del papel que tienen y tendrán las ciencias de la complejidad humana. Sobre todo cuando éstas, en el torbellino de la globalidad, luchan contra la alienación que pretende separarlas del diálogo de los grandes problemas macrosociales y estructurales. Empero, si algo caracteriza a las ciencias de la complejidad humana aquí en Chiapas, es precisamente su persistencia en laborar y cultivar el conocimiento de la realidad social y cultural de los pueblos indígenas. Trabajo al que no han renunciado, ni deben hacerlo, y que posee una dimensión política porque abre la reflexión a la incertidumbre que es creativa y a la toma de conciencia que es liberadora, coadyuvando, a la par de la acción de los propios pueblos, a impulsar dinámicas transformadoras de la actual realidad en búsqueda de una sociedad más justa, solidaria y humana.

Las ciencias de la complejidad humana están replanteando la visión del mundo y de la vida, al observar y comprender el rizoma social en su totalidad compleja y en la articulación de sus partes constitutivas. Esa visión de la totalidad se enriquece cuando en las operaciones de interrelación transversal, poco a poco se va superando la fragmentación con la que tradicionalmente se ha abordado.

Como historiador he hablado de la historia, pero lo mismo desde la antropología, la sociología, la literatura y demás ciencias, es posible identificar, construir, generar nodos articuladores desde y en la memoria colectiva para comprender la realidad social presente construyendo alternativas liberadoras.

No para concluir, sino para abrir el diálogo, dejo al imaginario la siguiente reflexión: las ciencias de la complejidad humana tienen el reto de conocer la realidad social como un todo complejo en relación con sus partes constituyentes y con una visión transversal de las múltiples posibilidades. Ya no concentradas en el estudio de las ideas y pensamientos, sino de la realidad social concreta que supone una relación multiléctica entre mundo-pensamiento-cosmos-pensamiento-mundo, sin perder de vista nuestra esencia humana que es biológica y cultural.